

## BELICISMO AFRICANO

Durante los últimos meses, nuevos conflictos armados se han registrado en el Continente africano. Los nobles propósitos expresados por diversos estadistas en el momento de constituir la O. U. A. de que «las diferencias entre los pueblos africanos deben ser resueltas de forma pacífica y equitativa» no han pasado de ser una declaración platónica cuya aplicación resulta más difícil cada día. Cotidianamente surgen al primer plano de la actualidad africana motines, represalias, combates y todo género de manifestaciones de hostilidad interna y exterior. El fin del colonialismo está representando para una gran parte de Africa el retroceso a las épocas precoloniales, en las que las matanzas intertribales agotaban los recursos humanos y económicos. Estas mismas luchas reaparecen ahora más mortíferas que antaño, puesto que en ellas se utilizan todos los ingenios bélicos que la civilización ha introducido en el arte militar.

Una de las áreas más convulsionadas en los últimos años, el Congo, está siendo escenario de una nueva rebelión. El 5 de julio—estimulados probablemente por la noticia del secuestro de Moïse Tshombe—soldados katangueses se rebelaban contra el Gobierno del general Mobutu y ocupaban la ciudad de Bukavu, capital de Kivu. Simultáneamente las tropas «mercenarias», voluntarios extranjeros encuadrados en el Ejército Nacional Congoleño (E. N. C.), se amotinaban en Kisangani (antigua Stanleyville) y atacaban a las fuerzas gubernamentales. Mobutu declaraba el estado de excepción y solicitaba ayuda militar de las otras naciones africanas de la O. U. A. y de los Estados Unidos. Washington respondía favorablemente a la petición de Mobutu poniendo a su disposición tres aviones de transporte del tipo «Hércules-130», capaces de transportar cada uno el equipo de un batallón. Los aviones transportaban «personal de acompañamiento» que, con los pilotos, comprendía alrededor de 150 hombres.

Con este acto se comprueba, una vez más, que los dirigentes africanos que más se indignan contra toda intervención de las «potencias imperialistas» en los asuntos del Continente son los primeros que solicitan su intervención militar cuando tratan de resolver situaciones de emergencia interna o de confrontación exterior. Es el caso del Congo cuando, en julio de 1960, Lumumba solicitaba de los Estados Unidos el envío de fuerzas armadas; es el ejemplo de Tanganyika, Uganda y Kenya pidiendo a la Gran Bretaña el traslado de contingentes militares para sofocar las sublevaciones de sus respectivos Ejércitos producidas en enero de 1964, y es también el caso del Gabón acudiendo a las tropas francesas, en febrero de 1964, para conjurar la insurrección militar. Esta conducta se ha reiterado en las más diversas ocasiones.

También Etiopía respondía favorablemente a las pretensiones de Kinshasa enviando una escuadrilla de aviones para que operase bajo las órdenes de Mobutu, al propio tiempo que firmaba un pacto de ayuda militar entre los dos países. Las tropas del E. N. C. recuperaban Kisangani, abandonado por los sublevados, y Bukavu. El 18 de julio, el presidente Mobutu declaraba que «la acción de los mercenarios ha sido anulada», con lo que daba a entender que el orden había sido restablecido en el inmenso país.

No obstante, estas palabras resultaban precipitadas ante la realidad de los hechos posteriores. Los insurgentes, si bien abandonaron Kisangani, fue para trasladarse a Bukavu, después de un recorrido de 600 kilómetros a través de un terreno difícil y sin cesar de combatir. La columna, integrada por cuarenta vehículos, incluía a los que Kinshasa denominaba «rehenes», tomados a la fuerza por los amotinados y que, una vez que franquearon las fronteras de Ruanda o se instalaron en sus países europeos de procedencia, declararon unánimemente que no habían sido capturados por los mercenarios, sino que se habían unido a ellos voluntariamente para escapar a las sevicias del E. N. C., muchos de cuyos integrantes han reanudado su largo historial de violaciones y asesinatos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Como nuevas manifestaciones de esta costumbre podemos citar, entre otras, el asesinato de once belgas en Bukavu por soldados del E. N. C. en la primera semana de julio. Veinte mujeres fueron ultrajadas por los congoleños. El Gobierno de Kinshasa admitió posteriormente que «actos maliciosos contra los europeos» han sido cometidos, aunque negó que se hubieran producido asesinatos y advirtió que los soldados que desobedecieran las órdenes serían severamente castigados. A la llegada a Bruselas, el 18 de julio, de 198 personas evacuadas del Congo se supo por sus declaraciones que «de un grupo de 17 blancos que fueron secuestrados por el E. N. C., diez no han aparecido. La detención se efectuó bajo la razón de que los europeos estaban en la calle después del

A la llegada de los rebeldes a Bukavu, los soldados de Mobutu huían en todas direcciones y muchos se internaban, desarmados, en Ruanda. En la capital de Kivu, el coronel congoleño Leonard Monga proclamaba un «Gobierno de salvación pública», opuesto al de Mobutu, cuya dimisión exigía para dar fin a la guerra civil. «Siete años—decía Monga—de anarquía, siete años de guerra civil, siete años de infortunio para nuestro desdichado país han hecho caer de rodillas al pueblo congoleño.» Independientemente de cualquier otra consideración, las palabras de Monga reflejan la realidad, porque el hecho desgraciado e incontrovertible es que desde junio de 1960, en que se proclamaba la independencia congoleña, el país no ha disfrutado de un solo momento de paz, que su población se está exterminando en crueles luchas fratricidas y que sus enormes riquezas se dilapidan sin ningún provecho para la masa general de la población, ya que sólo sirven para enriquecer a un núcleo muy reducido de dirigentes. Y junto a la corrupción se ha presentado el ansia de hegemonía, el deseo de los dirigentes de imponerse de forma absoluta, descartando, aplastando es la forma más correcta de expresar los hechos, a todo aquel que pueda considerarse como rival o adversario de su poder personal. Y para conseguir esa supremacía se ha solicitado con frecuencia el apoyo de los países extranjeros que consideraban más inclinados a favorecer sus pretensiones. Así, Lumumba obtuvo la ayuda de Guinea y ahora Mobutu ha conseguido la de Etiopía.

La acusación capital de Monga es que considera al presidente Mobutu «traidor» a su país y que, por ello, debe ser juzgado por un Tribunal popular. Resulta curioso que también el que fue ministro de Información en el Gobierno Lumumba, Anicet Kashamura, haya acusado a Mobutu<sup>2</sup> de similares actos

---

toque de queda, cuando en realidad esa hora se había fijado poco rato antes y nadie conocía la nueva medida». El 16 de julio se sabía que ocho belgas habían sido ejecutados en Lumumbashi por los paracaidistas congoleños. Posteriormente se han conocido otras noticias de asesinatos y desmanes, como el notificado por el Ministerio belga de Asuntos Exteriores al comunicar que tres jóvenes turistas belgas habían sido asesinados, el 16 de agosto, en el campo de Rumangabo (Kivu) cuando penetraron por error, procedentes de Mombasa, en territorio congoleño y fueron detenidos por los guardias fronterizos. La Embajada belga multiplicó sus gestiones cerca del ministro de Asuntos Exteriores, Bomboko, para obtener su liberación sin conseguirlo.

<sup>2</sup> Anicet KASHAMURA, en su obra *De Lumumba aux colonels* (París, Buchet/Chastel, 1966), dice que Mobutu participó en aquel Gobierno «para dividirnos y traicionarnos» (página 67), llegando a afirmar (pág. 132) que «el coronel Mobutu había recibido dinero de los Estados Unidos, que le había sido entregado por M. Cordier», para desarmar a

de traición y de haber recibido dinero de los Estados Unidos para yugular la revolución congoleña.

En el momento de redactar estas líneas, la situación sigue invariable. Los mercenarios y gendarmes katangueños mantienen su precario dominio en Bukavu, aunque han iniciado discretas gestiones para su rendición, en el caso de que Mobutu se comprometa solemne y públicamente a no atacar contra sus vidas y a permitirles trasladarse a los lugares que escojan como residencia. El episodio de la sublevación parece que se encuentra en trance de liquidación. Pero lo más significativo del caso, que configura en toda su gravedad el hecho, es que el presidente congoleño ha iniciado la recluta en Bélgica de varios centenares de nuevos «mercenarios» para formar unidades especiales del E. N. C. destinadas a combatir las huestes de Schramme y formar posteriormente el núcleo de un E. N. C. reorganizado. Mobutu contribuye así a prolongar la presencia de elementos militares occidentales en el África independiente.

Y esa presencia foránea se viene extendiendo de forma general por los más diversos confines. Así ocurre con la otra República del Congo, la de Brazzaville, donde el presidente Massemba Debat se mantiene en el poder merced a las unidades de voluntarios cubanos enviados por Fidel Castro, que constituyen su guardia personal. Unos cuatrocientos «consejeros militares» procedentes de la República del Caribe, perfectamente adiestrados, ocupan los puestos clave que correspondían al Ejército regular del país. Las milicias congoleñas, unos dos mil hombres, se hallan bajo el mando del comandante cubano Terry Thorndike, que aplastó la insurrección de las unidades del Ejército que, en junio de 1966, reclamaban la expulsión de los «mercenarios cubano-castristas», cuya situación de privilegio veían con disgusto. Consolidada su presencia, la influencia decisiva de estos militares cubanos determina los rumbos que adopta Brazzaville.

Y éste es el caso también de Nigeria. La guerra de exterminio desencadenada entre la República Federal y Biafra ha desembocado en la presencia de mercenarios no africanos, de las más diversas procedencias, en los Ejér-

---

los soldados partidarios de Lumumba, haciendo posible la caída de su Gobierno. Más adelante insiste: «Cuando Patricio Lumumba le nombró coronel, los viejos soldados (Bobozo, Lundula, Mulamba y Koko'o) le pronosticaron un siniestro porvenir: "Algún día lamentará usted este nombramiento..." Joseph Mobutu tiene pocos amigos verdaderos. Forma parte de un equipo (Cyrille Adula, Victor Nendaka, Justin Bomboko y Albert Ndele) preparado por la C. I. A.» (pág. 155).

citos de ambos bandos<sup>3</sup>. Al propio tiempo, el Gobierno de Lagos ha conseguido que le sea suministrado moderno material canadiense, británico, soviético y checoslovaco. Entre otros, aviones «Mig-15» soviéticos, con los que está reduciendo a escombros las zonas más prósperas de la secesionista Biafra.

El Ejército de Ojukwu logró apuntarse un significativo éxito al lograr el control de la región centro-occidental de la Federación al producirse, a primeros de agosto, el motín de los soldados ibos que formaban parte de las fuerzas allí estacionadas. Las tropas secesionistas cruzaban el río Níger, entre Onitsha y Asaba, y amenazaban directamente la capital, Lagos, a la que bombardeaban reiteradamente. La situación para Gowon y sus huéspedes llegaba a ser sumamente crítica a mediados de dicho mes. Posteriormente, hacia el 14 de agosto, una vigorosa contraofensiva de Lagos, que por esas fechas comenzaba a recibir cantidades masivas de armamento, anulaba la penetración biafresa y proseguía el avance sobre Enugu, que al ser duramente bombardeada era evacuada por los principales dirigentes de la secesión, especialmente a partir del 1 de septiembre, en que entraron en acción los «Mig-15» enviados por la Unión Soviética.

---

<sup>3</sup> El 11 de julio, un comunicado de Lagos señalaba la existencia de mercenarios en las «filas de los secesionistas de Biafra» y aseguraba que siete de ellos, europeos, habían sido hechos prisioneros. A su vez, Radio Enugu comunicaba simultáneamente que el 10 de julio habían salido de Londres dos aviones con mercenarios para Lagos, acusando al Gobierno británico de favorecer esta recluta. La presencia de mercenarios alemanes en las filas federales se comprobó el 11 de agosto, cuando la Embajada alemana en Lagos informaba que un «técnico» de dicha nacionalidad había resultado muerto y otro gravemente herido en el curso de un bombardeo biafrés del aeropuerto de Kaduna, indicando que las víctimas «vivían en apartamentos contiguos al aeropuerto». El 24 de agosto, un portavoz biafreño acusaba al Gobierno federal de recurrir al servicio de mercenarios blancos, impidiendo el acceso al frente de los periodistas extranjeros para impedirles comprobar la presencia de los mismos. «Que Gowon—decía el portavoz—autorice a los periodistas extranjeros su visita al frente y entonces podrán informar cuál de los dos adversarios ha recurrido a mercenarios blancos.» Afirmaba Enugu que la casi totalidad de los vehículos empleados por los nigerianos en el frente de Nsukka estaban pilotados por blancos. Las acusaciones eran reiteradas el 28 de agosto por un portavoz del Alto Mando biafreño, que señalaba la presencia de gran número de alemanes entre las huérfanas federales. Añadía que la mayoría de los mensajes encontrados en el sector de Nsukka estaban redactados en alemán y que mercenarios de dicha nacionalidad dirigen las fuerzas federales y manejan su armamento pesado. El embajador nigeriano en París, Abdul Mahdi, había establecido, según estos informes, un centro de reclutamiento en Bonn. En los últimos días se asegura que técnicos soviéticos han llegado a Lagos para instruir a las fuerzas federales en el manejo del armamento proporcionado por Moscú.

Nos encontramos de tal forma con la rica Federación de Nigeria envuelta en una sangrienta guerra que la devasta. Biafra se ha separado de ella y lo que pudo ser un episodio efímero se está prolongando peligrosamente, puesto que advertíamos en un trabajo anterior<sup>4</sup> que, de no ser sofocada rápidamente la secesión, otras regiones podrían tratar de imitar su ejemplo, y esto es lo que está ocurriendo en la centro-occidental, donde la presencia de las fuerzas biafresas puede—es una posibilidad que no debe desdeñarse—estimular a proclamarse independiente. Si ello ocurre, Nigeria quedaría fragmentada moralmente y no podrá ser consolidada aunque las fuerzas militares obedientes a Lagos implanten una ocupación de dichos territorios, puesto que revelaría que el arriesgado experimento político que implicaba la creación de la Federación había fracasado definitivamente. La consolidación de una ocupación militar de los territorios secesionistas supondría la instauración de una dictadura, pero dejaría abiertos graves interrogantes para el futuro.

Aparte de las ya crónicas incursiones bélicas de los guerrilleros «de liberación» en Angola, Mozambique y Guinea portuguesa—otra sangrienta faceta de la belicosidad africana—, un nuevo foco de combates y destrucciones se está formando en Rhodesia.

Recientemente anunciaba Salisbury que iba a ser cumplida la sentencia de muerte dictada contra tres africanos entre los 82 que se hallan condenados a igual pena, culpables de terrorismo. Estas ejecuciones serán las primeras que tendrán lugar en Rhodesia desde la declaración unilateral de independencia, en noviembre de 1965. El Gobierno de Ian Smith, con esta medida trata de intimidar a aquellos sectores de la población africana que pudieran sentir veleidades de unirse a los guerrilleros infiltrados desde Zambia que durante los últimos meses han venido enfrentándose esporádicamente a las fuerzas del Servicio de Seguridad.

Este problema preocupa considerablemente a Salisbury y ha creado un áspero enfrentamiento con Zambia. En la nota que el 31 de agosto dirigía Smith a Londres se afirmaba que el «Gobierno zambiano alienta directamente las actividades terroristas dirigidas contra Rhodesia», agregando que los africanos entrenados en los países comunistas eran trasladados a campos especiales situados en dicho país, desde donde, fuertemente armados, emprendían sus incursiones a Rhodesia, regresando después a sus bases de partida tras

---

<sup>4</sup> Vid. Julio COLA ALBERICH, *Secesión en la Federación de Nigeria*, núm. 92 de esta REVISTA.

la frontera. Las expediciones de guerrilleros se iniciaron prácticamente en marzo de 1966, y según los datos facilitados por Salisbury en los nueve primeros meses de escaramuzas las fuerzas rhodesianas habían capturado o dado muerte a un centenar de incursores. Pese a la prórroga del estado de excepción, aprobada por el Parlamento rhodesiano en enero de este año, los encuentros han venido aumentando en dureza y frecuencia, especialmente a partir de mayo último, en que el partido africano Z. A. N. U., prohibido en Rhodesia, anunciaba en Dar Es Salaam un considerable refuerzo de su «Ejército de Liberación».

Estas actividades de tipo militar se sincronizaban con una fuerte presión política de Zambia. El presidente Kaunda, en su discurso ante el Parlamento de la India, en su viaje oficial, el 17 de junio, exigía de la Gran Bretaña que «derribase el régimen racista de Salisbury». En la nota zambiana a Londres de 29 de agosto se reiteraba la petición de que el Reino Unido recurriese a la fuerza «para aplastar a las autoridades rebeldes a la Corona en Rhodesia y expulsar a los invasores llegados a la colonia procedentes de Africa del Sur», señalando que junto a las fuerzas de seguridad rhodesianas actuaban comandos y aviones sudafricanos.

La Gran Bretaña, que ya tiene demasiados problemas planteados en otras partes del universo, no manifiesta ningún deseo de acceder a semejantes y peligrosas exigencias. Oficialmente el Gobierno laborista sigue confiando en que las sanciones decretadas por las Naciones Unidas conduzcan al hundimiento del régimen de Ian Smith. En la práctica, Wilson no cesa en su empeño de llegar a un entendimiento aceptable con el Gobierno rebelde. Las gestiones celebradas en Salisbury por su enviado especial, lord Alport, el pasado mes de junio—primer contacto oficial con Smith después de las conversaciones en el crucero «Tiger», de fines de 1966—, subrayan el deseo del primer ministro británico de llegar a una solución negociada.

Pero la cruenta realidad es que la actuación de los comandos guerrilleros que atacan Rhodesia y la réplica de las fuerzas de Salisbury están creando devastaciones y sangre en una zona muy próspera de Africa.

El 26 de junio aterrizaba en Abidjan, a consecuencia de averías, un aparato holandés que transportaba a varias personalidades guineanas—entre ellas el ministro de Asuntos Exteriores, Lansana Beavogui, y el delegado permanente en la O. N. U., Achkar Maruf—, todas las cuales quedaron detenidas por orden del Gobierno marfileño, cuyo ministro de Información, Ekra, explicaba que esta medida se había adoptado como represalia a la conducta

de Guinea, que mantenía en prisión, «en condiciones inhumanas», desde hacía dos años, al director de la Caja de Compensación de Prestaciones Familiares de la Costa de Marfil, Kamano, y que, por añadidura, en el pasado mes de febrero había apresado al pesquero marfileño «Ker Isper»; cuya tripulación, veintidós hombres, había sido detenida acusada de preparar el secuestro del depuesto presidente de Ghana, Nkrumah. «El Gobierno y el pueblo de Costa de Marfil—terminaba Ekra—lamentan vivamente verse obligados a aplicar al presidente guineano su propio concepto de las relaciones internacionales y de retener al grupo de guineanos hasta la liberación de los súbditos marfileños.»

Este incidente culminaba una aguda tensión entre los dos países, mantenida durante años. En marzo de 1966 la enemistad entre Abidjan y Conakry se había acrecentado al comunicar el Gobierno guineano la intención de hacer atravesar a su Ejército Costa de Marfil para atacar a Ghana y reponer al derrocado dictador Nkrumah. Tales propósitos levantaron una oleada de indignación en Costa de Marfil, cuyo presidente, Félix Houphouet-Boigny, advertía que se opondría por la fuerza a esta invasión de su país y que no dudaría en solicitar la ayuda militar francesa para rechazar a las tropas guineanas. Esta resuelta actitud, seguida por un extraordinario reforzamiento del Ejército marfileño, hizo desistir a Seku Ture de los anunciados planes, subsistiendo desde entonces un rencor latente entre los dos países. Se recordaba también la detención de Kamano, amigo personal de Houphouet-Boigny, casado con una guineana, que se había trasladado a dicho país en 1965 para informar a sus padres políticos de la enfermedad de uno de sus hijos que vivía en Ginebra y que había sido detenido por la Policía Secreta de Conakry acusado de planear un complot contra Seku Ture, permaneciendo desde entonces en la cárcel. Y la indignación se acrecentaba al saberse de fuente extraoficial que los 19 tripulantes marfileños del «Ker Isper»—los restantes apresados eran franceses—habían sido juzgados con el mayor secreto en la capital guineana y condenados a severas penas que llegaban hasta los quince años de trabajos forzados. Todos estos acontecimientos habían caldeado el ambiente hasta el grado necesario para desembocar en la captura por represalia de los dos diplomáticos guineanos.

Seku Ture, ante el anuncio del suceso del 26 de junio, reaccionó acusando «a las Naciones Unidas políticamente y al Gobierno holandés civilmente» de ser responsables del secuestro de sus delegados, por lo que ordenó inmediatamente la detención de todo el personal holandés de la Compañía

KLM que se hallaba en territorio guineano y la residencia vigilada del representante diplomático de los Países Bajos <sup>5</sup>.

El secretario general de las Naciones Unidas enviaba al subsecretario para Asuntos Políticos Especiales, Rolz-Bennt, en misión a Conakry y Abidjan para estudiar la forma de resolver el conflicto, y el Gobierno neerlandés reclamaba a Guinea la libertad de sus súbditos detenidos. La actitud de Seku Ture era inflexible: «Todos los ciudadanos neerlandeses—anunciaba el 9 de julio—que residen en Guinea permanecerán en la cárcel hasta que la Delegación guineana detenida en Abidjan por las autoridades marfileñas haya sido liberada sin condiciones. Corresponde al Gobierno de los Países Bajos efectuar las gestiones necesarias para obtener la liberación de las personalidades guineanas y trasladarlas a Conakry sanas y salvas.» El enviado de U Thant no tenía éxito en su gestión y el 16 de agosto, Seku Ture pedía la convocatoria del Consejo de Seguridad de la O. N. U. para que entendiera en sus diferencias con Costa de Marfil.

\* \* \*

El resumen de la actualidad africana durante los dos últimos meses no puede ser más desolador: incursiones guerrilleras en Angola, Mozambique, Guinea portuguesa y Rhodesia; sublevación de contingentes militares en el Congo (Kinshasa), prosecución de la guerra de exterminio entre Nigeria y Biafra, grave tensión marfileño-guineana, complots abortados en la R. A. U. y Alto Volta, nuevos brotes de la tensión etiope-sudanesa, etc. Africa sigue dominada por la obsesión belicista.

JULIO COLA ALBERICH.

---

<sup>5</sup> Según las palabras del Presidente guineano, «la decisión de Houphouet-Boigny y sus cómplices parisienses e israelíes... no tiene ninguna analogía con el arresto en Guinea de un marfileño culpable de preparar un complot».



*CRONOLOGIA*

